Reencuentro extremeño con José Manuel Naredo

(por Juan Serna Martín)

Llegó a Extremadura en 1977 de regreso a Madrid desde Andalucía. Algunos amigos comunes se empeñaron en que nos conociéramos y, tras nuestro encuentro y una conversación posterior con Mario Gaviria, acordamos hacer, embarcados como estábamos los tres en la lucha contra el proyecto de instalar una central nuclear en Valdecaballeros, el estudio que un año más tarde se llamó *Extremadura saqueada: recursos naturales y autonomía regional*, publicado por la mítica editorial antifranquista Ruedo Ibérico. De esa fecha arranca su vínculo con nuestra tierra, vínculo que ha permanecido inalterado durante estos cuarenta años.

José Manuel Naredo sentía una honda preocupación por la cuestión agraria, sobre la que ya había escrito *La evolución de la agricultura en España*. Al mismo tiempo, en los Cuadernos de Ruedo Ibérico escribió en 1976 un volumen titulado *Por una oposición que se oponga*, un análisis

que presagiaba lo que iba a ser la "transición" y criticaba con rigor y humor la actitud pactista de una oposición dispuesta a todo para conseguir un puesto al sol en el nuevo régimen.

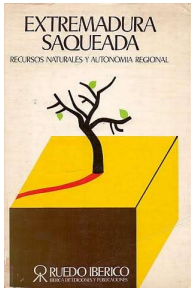
Sus investigaciones se centraron también en el tema de la energía y del agua, a los que dedicó algunos de sus trabajos. Posteriormente, se interesó por la especulación del suelo y el metabolismo urbano hasta llegar a las burbujas inmobiliarias y al problema de la vivienda. Tiene publicados materiales clave para entender lo que ha pasado en nuestro país. En una de sus últimas entrevistas dice: "El concepto 'pelotazo inmobiliario' no tiene una expresión similar en alemán, francés o inglés. Es algo muy carpetovetónico. Ahí ves que, efectivamente, hay modelos inmobiliarios distintos".

Como economista y estadístico es autor de un libro de referencia: *La economía en evolución*. Y se le reconoce en todas partes su labor como pionero, estudioso y divulgador de la denominada "economía ecológica".

Cuando en alguna ocasión le han preguntado quién es José Manuel Naredo, ha contestado: "Profesionalmente soy un economista y estadístico. Por vocación me considero un librepensador. Disfruto con los análisis que aporten conciencia de nuestros males y no puedo contenerme a la hora de proponer alternativas que, aunque no tengan el efecto deseado, tampoco me desmoraliza".

Los que le conocemos a fondo nos hemos preguntado muchas veces si es un economista y estadístico, un filósofo de la ciencia o, sencillamente, un sabio. Sin embargo, lo más importante para mí es que es una buena persona y un amigo excelente, tal y como he podido comprobar a lo largo de estas cuatro décadas de amistad y batallas libradas, unas veces contra la energía nuclear; otras, en torno al estudio y la gestión del agua, y otras, en defensa de la banca pública y en denuncia del caciquismo y de la corrupción. En todos estos frentes hemos madurado y envejecido, y en esta segunda juventud que disfrutamos hemos vuelto a encontrarnos en este *Cuaderno Extremeño para el debate y la acción*, junto a los recuerdos de aquel *Extremadura Saqueada,* libro del que nos gustaría ser una prolongación. Y, como decimos por aquí, "lo corrío…, corrío".

Para conocer su inmensa obra, recomiendo visitar su sitio Web, donde aparece completa y ordenada cronológicamente: elrincondenaredo.org.



Promotores y coautores de "Extremadura Saqueada".
Juan Serna, Mario Gaviria y José Manuel Naredo (verano de 2015)

NUESTRAS PREGUNTAS A JOSÉ MANUEL NAREDO:

Juan Serna: *Dinos brevemente cuáles son, a tu juicio, las verdaderas causas y razones por las que hemos llegado a la crítica situación actual.*

José Manuel Naredo: En primer lugar, te pediría precisar si te refieres a nuestro país y a Extremadura, o a nuestro ya pequeño planeta Tierra.

JS: *Aunque pensaba más en la situación de España y Extremadura, te agradecería que dijeras algo sobre la situación planetaria, dado el nivel de "globalización" que ha adquirido la llamada civilización industrial.*

JMN: Confieso mi incapacidad para decir brevemente cuáles son las principales causas y razones que nos han llevado a la penosa situación actual, tanto a escala planetaria como en España y Extremadura. Solo puedo enunciar y subrayar algunas sin afán de exhaustividad y sin la certeza de no olvidarme de otras que merecería la pena subrayar; y para ello me apoyaré en algunos de mis autores de cabecera.

En lo que concierne al panorama planetario, puestos a analizar **los principales pasos que han divorciado el comportamiento humano del de los otros organismos de la biosfera que habían permitido enriquecer la vida en la Tierra**, yo empezaría por señalar el cambio tan drástico que supuso la aparición del Estado en la historia de la humanidad, analizado por Lewis Mumford en

su libro *El mito de la máquina* (1967). Me gusta rememorar a este respecto una frase muy sintética de Mumford (que retomó Erich Fromm en su libro *Anatomía de la destructividad humana* (1975) y que cité en mi libro *Taxonomía del lucro* (2019, pp. 206-207):

> "Del complejo neolítico nace un nuevo tipo de organización social, ya no dispersa en pequeños grupos, sino unificada en una gran entidad, ya no basada en la intimidad vecinal, las costumbres y el consentimiento mutuo, sino autoritaria, dirigida por una minoría imperiosa, ya no confinada a un territorio pequeño, sino que desborda sus límites para ejercer el mando e imponer tributos, para apoderarse de materias primas y esclavizar personas inermes… Esta nueva cultura, más que desarrollar la vida, trata de expandir un poder colectivo ejerciendo la coerción…"

Creo que el siguiente paso explicativo del mencionado divorcio fue el que se produjo a raíz de la aparición del Estado Moderno y de la Revolución Industrial, indisolublemente unidos al triunfo de los enfoques analítico-parcelarios propios de la ilustración y de la moderna ciencia experimental, que produjeron escisiones tan sonadas como las que enfrentan especie humana y naturaleza, individuo y sociedad, razón y emoción… Fue entonces cuando se afianzaron, de la mano del dualismo cartesiano y del enfoque analítico parcelario, la fe en el progreso (con su visión lineal de la historia) y la fe en la razón y en la ciencia (que alimenta la tan extendida tecnolatría), a la vez que se desarrollaban ciencias naturales parcelarias y ciencias sociales serviles, como la política y la economía, emancipadas de la moral. Ciencias que alimentaron no solo el enfrentamiento entre especie humana y naturaleza, sino también el enfrentamiento de las personas entre sí, al entronizar una idea de naturaleza humana tan malvada y codiciosa que quienes se comportaran así quedarían automáticamente excluidos del grupo en otras culturas, como subraya Marshall Shalins en su libro sobre *La ilusión occidental de la naturaleza humana* (Shalins, M., 2011).

Hasta la Revolución Industrial la intendencia de la especie humana, al igual que la de las otras especies de la biosfera, formaba parte de las cadenas tróficas dependientes de la fotosíntesis, que es la que en el fondo había permitido nutrir y enriquecer la vida en el planeta. Aunque la especie humana usara la fuerza del viento y del agua, en general tenía que obtener más energía con las cosechas o productos que recolectaba o cazaba que la que invertía en su obtención, al igual que la presa tiene que aportar al depredador más energía de la que gasta en cobrarla para poder mantenerse con vida. No obstante, la Revolución Industrial cambió esta exigencia al permitir

inyectar cantidades ingentes de energía fósil para extraer, elaborar y movilizar una enormidad de materiales. La posibilidad de utilizar a su servicio cantidades masivas de energía exosomática con un coste de obtención muy reducido abrió las puertas hacia una especie de reino de Jauja, a la vez que reforzó la presencia de la especie humana como patología terrestre. Esto supuso, al decir de Barry Commoner, un "paso tecnológico en falso" que desató una espiral degradante: se extraía hierro y carbón para fabricar maquinaria que permitía extraer más hierro y más carbón. Y esta espiral pasó de extraer materiales relativamente abundantes y bien distribuidos en la corteza terrestre, como son el hierro y el carbón, a extraer hoy día sustancias que abarcan prácticamente todos los elementos de la tabla periódica, muchos de ellos raros y mal distribuidos, que hacen que la especie humana movilice con sus extracciones un tonelaje muy superior al que mueve cualquier fuerza geológica. Este hecho ha invitado a concluir que hemos entrado en una nueva era geológica marcada por la masiva intervención humana sobre la faz de la Tierra: el Antropoceno.

Para colmo, la intervención humana sobre la Tierra no cierra los ciclos de materiales al reconvertir los residuos en recursos, como venía haciendo la biosfera. Por ello, habida cuenta de que la Tierra es un sistema cerrado en materiales, la inviabilidad de este modelo está servida de antemano por la escasez de los recursos y el exceso de residuos, puesto que se van extrayendo y degradando esas rarezas de la corteza terrestre, que son los yacimientos minerales en explotación, y se van acumulando residuos en la tierra, el agua y el aire. Y lo grave es que buena parte de estas extracciones se destinan a forzar los rendimientos de actividades, en principio, consideradas renovables, haciéndolas dependientes, contaminantes y degradando los "bienes fondo" de los que dependen (suelos, acuíferos, biodiversidad…). Las estimaciones de la importancia de la presencia humana en la Tierra indican, entre otras cosas, que la especie humana con los animales a su servicio supone el 97 % del peso de todos los mamíferos, dato este que evidencia el protagonismo que ha alcanzado nuestra especie en la biosfera y la simplificación de esta.

En resumidas cuentas, la civilización industrial nos viene empujado hacia mayores niveles de entropía planetaria. Esto es lo que he analizado con Antonio Valero desde que promovimos el libro *Desarrollo económico y deterioro ecológico* (Naredo, J.M. y Valero, A. (dirs.) 1999), pasando por el titulado *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra* (1955-2005) (Naredo, J.M. y Gutiérrez, L. (eds.) 2005), hasta *Thanatia* (Valero, A. y Valero, A., 2014). Este último describe con mayor precisión y profundidad el estado de máxima entropía (llamado *Thanatia*) hacia el que la especie humana está empujando nuestro planeta: se trataría de un planeta con ausencia de recursos minerales concentrados, de combustibles fósiles y con una atmósfera y una hidrosfera sobrecalentadas por el cambio climático. Y todas estas piezas están relacionadas entre sí, por lo que no se podrá reducir el trepidante avance hacia una mayor entropía planetaria con enfoques y remedios parcelarios que contribuyen a soslayar el metabolismo de la sociedad industrial que las mueve conjuntamente.

Y solapándose con esta evolución generalizada del metabolismo extractivista de la especie humana, creo que habría que subrayar la evolución de toda una serie de aspectos mentales e institucionales que la impulsaron, relacionados, sobre todo, con la cultura política y económica que ha venido espoleando el enfrentamiento entre especie humana y naturaleza… y el de las personas entre sí. Estos aspectos los he tratado en muchos de mis trabajos, a los que les remito (Naredo, J.M., 2015 (*La economía en evolución*), 2017 y 2019) y en los que prefiero no redundar ahora, para llamar la atención sobre algunos cambios socioeconómicos y políticos esenciales que han contribuido a descarriar y desactivar los movimientos críticos y a reforzar la aparente inmunidad del *statu quo* ideológico e institucional frente a los episódicos ataques.

Una vez superado el Antiguo Régimen y tras caer en desuso las dictaduras a finales del siglo XX, el panorama político se simplificó drásticamente. Después de la derrota de las potencias del eje en la Segunda Guerra Mundial y de la emancipación de las colonias, la implosión de la antigua Unión Soviética y el desmembramiento del bloque socialista dejaron atrás la Guerra Fría y el antiguo mundo bipolar, saliendo reforzado el único polo superviviente. Así, se acabó imponiendo, ya sin trabas, el dominio económico e ideológico del mundo anglosajón capitalista, con su vulgata formalmente democrática y liberal. Por una parte, todos los regímenes sociales trataron de revestirse de los mismos oropeles democráticos, y, por otra, el grueso de los líderes políticos y empresariales acostumbraron a presentarse como liberales, por muy autoritarios que fueran.

Tras la desaparición del "peligro del comunismo", bajo el mandato de líderes u orientaciones que se decían liberales, se inició en el mundo el desmantelamiento del llamado estado de bienestar, de los *stocks* de vivienda social, de la educación y de la sanidad públicas y de otras instituciones socialmente niveladoras que se habían implantado o reforzado en la posguerra en nombre tanto del socialismo como de un liberalismo social.

El vendaval de medidas impopulares decretadas en nombre del liberalismo y la competitividad —que sembró entre trabajadores y jubilados de los países ricos la precariedad laboral, habitacional, sanitaria, etc. y recortó el patrimonio y los ingresos públicos— se solapó con cambios muy importantes en el comercio y las finanzas. No cabe hacer aquí una exposición detallada de estos cambios que tienen que ver con el avance de la mercantilización y con la enorme expansión del comercio y las finanzas que se ha venido produciendo desde las últimas décadas del pasado siglo XX.

Valga recordar que el descrédito del keynesianismo en el mundo académico y de ese liberalismo social hegemónico en el mundo político de la postguerra se solapó con episodios que fueron anunciando el declive del bloque socialista, episodios que van desde el conflicto de la Primavera de Praga, en 1968, a la pelea chino-soviética y a otras escisiones y disidencias que acabaron culminando con la caída del muro de Berlín en 1989 y con la implosión del bloque socialista y la extinción de la propia Unión Soviética en 1991. A ello se añadió el giro capitalista que emprendió el régimen chino.

La crisis del "socialismo real" dejó, así, el camino expedito a las oligarquías del "capitalismo real" para acometer, ya sin tapujos, nuevas formas de enriquecimiento y desatar la ola de privatización-mercantilización-financiarización y desmantelamiento del estado de bienestar, justificada en nombre del liberalismo por los gobiernos de personajes tan autoritarios como Pinochet (1973-1990) en América Latina, Thatcher (1979-1990) en Gran Bretaña y Reagan (1981-1989) en los EE. UU. Ola que se generalizó al verse apoyada también por gobiernos que regentaban formaciones socialcristianas, socialdemócratas o socialistas, puesto que la tentación de hacer caja vendiendo patrimonio se extendió entre los gobiernos de todos los colores, dado el cortoplacismo imperante en el mundo de la política. Tal vez valga la pena advertir que, como nos recuerda Daniel Stedman, "Clinton, Blair y Brown fueron más desreguladores financieros que nadie" (Stedman Jones, D., 2012, p. xi) y que promovieron como el que más la política de viviendas en

propiedad. Dado el continuismo en las políticas desreguladoras y privatizadoras, este autor concluye que "si las políticas de Clinton, Blair y Brown marcaron algún distintivo fue más retórico que real" (Ver "Conclusión" en el Capítulo 7: "Neoliberalism Applied? The Transformation of Affordable Housing and Urban Policy in the United States and Britain, 1945-2000", pp. 273-328). Y anticipemos que, como bien sabemos, el caso español no difiere mucho de lo indicado, ya que los gobiernos socialistas de Felipe González son los que más responsabilidad tuvieron en la ola desreguladora y privatizadora.

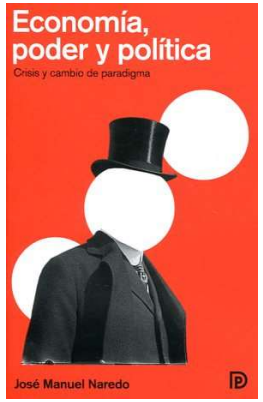
Ante la simplificación del panorama y del discurso político hegemónico amparado en la vulgata democrática y liberal antes indicada, el discurso de la izquierda se hizo defensivo y fue perdiendo el mordiente crítico y las ilusiones revolucionarias que en su día le dieron fuerza. A mi juicio, el gran problema es que las personas y corrientes críticas del panorama actual siguen, en buena medida, atrapadas entre las ruinas de la antigua cultura de la izquierda, y no han conseguido reformular y asumir de forma generalizada nuevas metas ilusionantes y movilizadoras que sustituyan con éxito a las antiguas ya caídas en desuso y/o desacreditadas por experiencias desafortunadas.

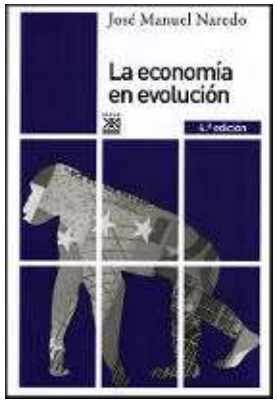
Hay que reconocer que los logros del "socialismo real" han sido bastante decepcionantes, no solo por su general desprecio hacia los problemas ecológicos y hacia las libertades individuales, sino también, y sobre todo, por la metamorfosis capitalista de la extinta Unión Soviética, con sus "países satélite", y de la actual República Popular China, así como por la deriva despótica y corrupta del grueso de los llamados "movimientos de liberación nacional" que irrumpieron en el mundo con fuerza tras la Segunda Guerra Mundial forzando la emancipación de las colonias. Para no seguir tropezando en la misma piedra, deberíamos preguntarnos qué es lo que fue enfriando la llamada emancipatoria que alimentó dichos movimientos y los descarrió, abriendo camino hacia nuevas opresiones y servidumbres, ya que creo que la plena conciencia de nuestros males es condición necesaria para poder curarlos o, al menos, paliarlos.

Entre las causas destaca, sin duda, la fuerte presión externa orientada a desestabilizar y someter esos países a los dictados del capitalismo transnacional. Pero también resalta la inconsistencia de unos supuestos movimientos liberadores que se mostraron generalmente tributarios de la ideología económica dominante, con la metáfora de la producción y la meta del crecimiento a la cabeza, ningunearon los problemas ecológicos y, en lo político, no pretendieron establecer verdaderos estados de derecho que promovieran el control social y la participación ciudadana en las tareas

de gobierno y garantizaran las libertades individuales, de forma que, cuando los nuevos jerarcas mudaron hacia al capitalismo, mantuvieron su condición de estados de derecho fallidos, en los que la discrecionalidad del poder y el despotismo corrupto con apariencia democrática reinó con más fuerza y descaro que en las antiguas metrópolis de capitalismo.

Todo ello hizo perder la iniciativa a los movimientos críticos y explica su falta de metas claras e ilusionantes. Esta falta de metas se debe a que buena parte de los movimientos críticos adoptaron posiciones meramente defensivas y abrazaron eslóganes y enfoques tributarios de la ideología dominante, disipando, así, sus energías con escasos resultados. Por ejemplo, habiendo caído en desuso la meta del comunismo, se reinventa como sucedáneo más suave la defensa de "los comunes". Ya no se habla de imperialismo o de simple y claro despotismo, se reinventa un "neoliberalismo" maligno como causa bastante más confusa de nuestros males, ya que, al decir de Varoufakis, lo que se engloba "bajo el disfraz ideológico del neoliberalismo, no suele ser nuevo ni liberal" (Varoufakis, Y., 2020). O cuando el mismo sistema, que prometía múltiples parabienes asociados al crecimiento económico, nos viene ofreciendo con largueza el decrecimiento del empleo, de los salarios, etc., y pone en evidencia su agotamiento y crisis, el movimiento ecologista abraza la palabra "decrecimiento" como propuesta (Naredo, J.M., 2020). Se antepone, así, al *statu quo* un discurso que, por lo general, no resulta ni ideológicamente clarificador ni políticamente eficaz para suplir la mencionada carencia de metas ilusionantes. Un discurso que no suele apuntar contra los cimientos de la ideología, las instituciones y los poderes dominantes ni promover los cambios mentales e institucionales necesarios para dar una salida ecológica y socialmente saludable a la actual crisis de civilización.





Tras haberse desinflado las ilusiones revolucionarias y conspirativas que antes animaban a los movimientos sociales, ya va siendo hora de revisar el aparato conceptual que soporta el discurso usual de la izquierda y de asumir —como comprendió Eliseo Reclus hace mucho tiempo—"que las luchas sangrientas llamadas revoluciones hacen el papel de tristes episodios y que la verdadera

revolución es la que se realiza en las ideas, que es esencialmente pacífica" (Ref. Oyón, J.L., 2017, pp. 270-271). Los logros del movimiento feminista aportan un buen ejemplo de cómo se pueden cambiar las ideas y las normas sin partidos políticos, ni violentas tomas del poder que las defiendan. Por eso he venido destinando buena parte de mis trabajos a la demolición del aparato conceptual (con sus metáforas y términos fetiche) y del actual marco institucional (con sus singulares formas de propiedad y de dinero) que justifican e incentivan las relaciones jerárquicas y clientelares político-económicas que se extienden por todo el cuerpo social a escala planetaria, aunque con intensidad variable según los países. A estas alturas, tenemos que asumir con claridad que, si no cambian las ideas, los cambios de gobierno difícilmente revolucionarán cuestiones de fondo, por mucho que enarbolen pancartas revolucionarias. Creo que la crisis asociada a la actual pandemia puede hacer de revulsivo para que la sociedad caiga en la cuenta de la crisis de civilización en la que estamos inmersos y reflexione sobre sus perspectivas.

JS: *¿Y qué lugar ocupa España en este panorama?*

JMN: Bueno, además de los múltiples condicionantes históricos que voy a esbozar luego, para mí la principal dolencia que aqueja al país es haber sido teatro de un genocidio ideológico muy duro, perpetrado durante la guerra civil y prolongado durante el franquismo, que sigue teniendo consecuencias, puesto que con el franquismo se reforzó el clientelismo político: solo los que manifestaban "adhesión incondicional e inquebrantable" al régimen sacaban tajada de él y obtenían cargos, premios y sinecuras diversas, a la vez que los disidentes eran masacrados o tenían que exiliarse o que esconderse y callarse. De esta manera, el país ha sido víctima durante largo tiempo de enseñanzas perversas que, en vez de promover la cohesión y la participación social en la gestión de los asuntos públicos, las penalizó reprimiendo y castigando cualquier atisbo de intervención social crítica o de disidencia.

La metamorfosis democrática del franquismo, lejos de erradicar estas prácticas, contribuyó a renovarlas. Se produjo una refundación oligárquica del poder que dio paso a un nuevo clientelismo político, teatro de prácticas corruptas, ya que la actual Constitución de 1978 otorgó llave en mano todo el poder a los partidos políticos y ninguneó a otros posibles organismos intermedios y formas de participación y control social independientes, con lo que el clientelismo franquista mudó en clientelismo de los partidos políticos gobernantes. Se acentuó, así, el divorcio entre una

clase política instrumento y parte del poder oligárquico imperante y el resto de la ciudadanía. El aluvión de casos de corrupción que ha venido aflorando en los tribunales y en los medios de comunicación de masas refleja la extendida connivencia entre poder político y económico para enriquecerse mediante prácticas poco recomendables. Tras más de cincuenta páginas destinadas a ilustrar este panorama corrupto, en mi libro *Taxonomía del lucro* (2019) concluyo que, bajo el paraguas ideológico de la producción y del mercado, el mar de corrupción que hoy aflora evidencia que: primero, suele ser legal; segundo, tiene gran peso económico, y tercero, tiene carácter sistémico.

A la vista de tales experiencias, parece bastante claro que los gobiernos de nuestra coronada democracia se han comportado, sobre todo, como administradores al servicio de *lobbies* y corporaciones empresariales y no como representantes de la ciudadanía. Lo cual ha desembocado en la actual crisis institucional, que se fue recrudeciendo tras el pinchazo de la burbuja inmobiliaria y las movilizaciones del 15-M. Aunque, una vez más, como en la transición, los partidos políticos ejercieron como digestores de los movimientos sociales absorbiéndolos y desactivándolos, los problemas sociales y territoriales que había cerrado en falso la Constitución continuaron aflorando de nuevo, hasta llegar a cuestionar la propia naturaleza del Estado. Y a todo esto, cuando se han venido desinflando las grandes movilizaciones, en principio, asociadas al 15-M, la extrema derecha ha salido del armario y ha recibido un significativo apoyo electoral que refleja, en buena parte, el amplio colectivo que todavía añora la ideología jerárquica y patriarcal asociada a las posiciones de privilegio que mantenía durante el franquismo. Se ha resucitado, así, el enfrentamiento entre "las dos Españas" que dio lugar a la Guerra Civil. Y en contra de la lógica social más elemental, las peleas sin cuartel de los partidos se han recrudecido durante la actual pandemia y han desembocado en un penoso asalto al poder político y judicial que presenta, en buena medida, a España como un Estado de derecho fallido y políticamente escindido.

Sin embargo, la falta de cohesión social que presenta el lamentable panorama actual no solo arranca del genocidio ideológico franquista, sino que sus raíces vienen de más atrás. Podríamos remontarnos a esa especie de "sálvese quien pueda individual" que suelen generar las sociedades jerárquicas en crisis, y hacer referencia a la crisis económica, social e institucional vivida en la España monárquicoseñorial de principios del siglo XVII, que dio lugar a respuestas literarias tan singulares como la novela picaresca, la poesía rufianesca y las representaciones populares de farsas de teatro cómico. Los paralelismos con la actual crisis política e institucional me indujeron

a escribir y representar, junto a Octavio Colis, la ópera bufa *El crepúsculo del ladrillo* (2013) (accesible en: http://elrincondenaredo.org/crepusculo-del-ladrillo-opera-buffa) y los *Entremeses de una época oscura* (2015), cuyos libretos figuran en la sección de publicaciones de mi página Web (http://elrincondenaredo.org). Acontecimientos recientes han dado una actualidad palpitante al entremés titulado *Robangarín defraudado y Juan Claros rey abdicado* (accesible en: http://elrincondenaredo.org/entremes-robangarin-defraudado-y-juan-claros-rey-abdicado).

Por otra parte, el viejo caciquismo que había sido calificado como el "mal endémico" de nuestro país por autores como Joaquín Costa (1901) o Macías Picavea (1899), se reprodujo bajo nuevas formas de clientelismo político y económico, tanto en el franquismo como en nuestra coronada democracia. "El caciquismo encierra dos inferiores aspiraciones: dominar, no gobernar; expoliar, no administrar" (Picavea, M.,1899, p. 53). Y el expolio agravó la crisis posburbuja por dos caminos ampliamente ilustrados en mi libro *Taxonomía del lucro* (2019):

1. Financiando numerosas operaciones y megaproyectos de dudoso interés económico y social para facilitar el "pelotazo" de algunos.
2. Extendiendo prácticas de administración desleal y apropiación indebida ruinosas para las empresas, que ilustra el rosario de casos de corrupción que han venido saliendo a la luz.

Es evidente que España no ha tenido mucha suerte con sus gobernantes. Así lo constata el reciente libro de Paul Preston (2019) titulado *Un pueblo traicionado. España de 1874 a nuestros días. Corrupción, incompetencia política y división social*, al cual remito (Preston, P., 2019). Y en lo que concierne a Extremadura, recuerdo que en el prólogo de *Extremadura Saqueada* (1978) decíamos que, dentro de este contexto, esta región era un territorio poco afortunado dentro de España. En este libro apliqué por primera vez el enfoque depredador/presa para analizar las relaciones de dominación entre los territorios. Enfoque que trasciende las nociones usuales de "producción" y de "desarrollo económico" al mostrar que no todos los países o territorios pueden desarrollarse a la vez, porque la posición privilegiada de algunos para atraer capitales e inclinar la relación de intercambio a su favor entraña la posición desfavorable de otros, y muestra que si unos están arriba es porque se apoyan en otros que están abajo, e indica cómo a Extremadura le había tocado estar abajo.

Además, Extremadura ha sido teatro del caciquismo clásico y lo seguía siendo cuando hicimos el libro *Extremadura Saqueada* (1978), pues, cuando la reforma agraria de la II Republica trató

de corregir la situación, la represión franquista restauró el *statu quo* y ejemplificó con dureza el genocidio ideológico y físico antes mencionado. Episodios como la matanza perpetrada en la plaza de toros de Badajoz dan buena cuenta de ello. Nuestro libro denuncia cómo vino, posteriormente, ese simulacro de reforma agraria que fue el Plan Badajoz, para instalar y disciplinar en las Vegas del Guadiana una gran "máquina de trabajo" al servicio de la agroindustria. Y para, finalmente, usar el territorio extremeño como base de extracción de recursos escasamente remunerados y como sumidero de residuos e industrias contaminantes, a la vez que el sistema financiero succionaba el ahorro extremeño para invertirlo en esos núcleos de atracción de capitales, población y recursos, las actuales megalópolis.

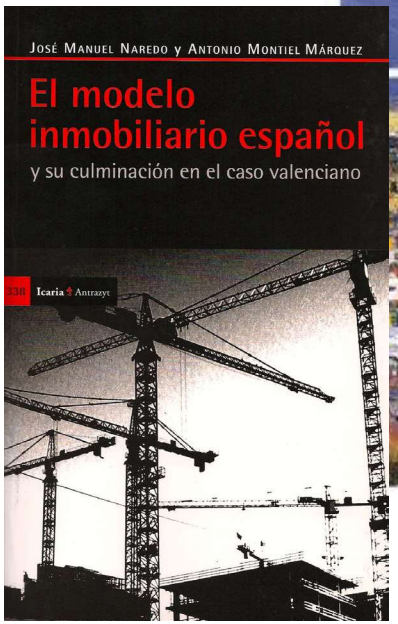
Tras estar bastante tiempo desconectado, no me siento capaz de decir nada sobre la situación actual de Extremadura, salvo saludar efusivamente el proyecto de los *Cuadernos*, al tomar la sugerente iniciativa de movilizar un colectivo pensante capaz de poner en común y divulgar reflexiones y experiencias creativas que abren el camino hacia culturas y prácticas social, económica y ecológicamente saludables. Iniciativa valiente que tiene la virtud de trascender el cainismo, el clientelismo y las peleas políticas partidistas al uso y de dejar sin sentido los megaproyectos y actividades esquilmantes que siguen amenazando el territorio extremeño, al presentar alternativas mucho más saludables, simbióticas y mejorantes para ese mismo territorio.

JS: *Esta crisis parece que tiene tres dimensiones o aspectos esenciales: el sanitario, el económico y el ecológico. Del sanitario ya nos dan cuenta cada día los expertos. Sin embargo, sobre la crisis económica y ecológica parece que hay un barullo y un desconcierto que tienen a mucha gente preocupada al ver cómo los que la analizan cada día llegan a unas conclusiones, a veces, muy distintas entre sí, e incluso disparatadas. Nos gustaría conocer tu opinión sobre esto, siempre y cuando las circunstancias permitan atisbar cuál puede ser su alcance y sus consecuencias.*

JMN: Creo que lo importante es darse cuenta de que las tres dimensiones que indicas —la sanitaria, la económica y la ecológica— están relacionadas entre sí y que la globalización de la pandemia de la COVID-19 contribuye a subrayar esta relación olvidada por los enfoques parcelarios habituales. Y como ya hemos apuntado, los tiempos de crisis acostumbran

a espolear la reflexión sobre las perspectivas y alternativas de futuro que ofrecen nuestras sociedades, e invitan a revisar paradigmas de fondo que antes se aceptaban sin pensar y a idear otros nuevos.

En primer lugar, creo que la generalización de la pandemia ha extendido también (en unos países más que en otros) un cambio o inversión de planteamientos importante. Por primera vez se prioriza la vida por encima del pulso de la coyuntura económica. Y para ello el parón de la actividad económica es parcial y regulado, lo que hace que, por primera vez, se decida lo que son las necesidades básicas y se antepongan a lo demás. Por primera vez, insisto, parece que los derechos a la vivienda, a la alimentación, a la asistencia sanitaria, a los servicios básicos (agua, electricidad, etc.) o a medidas niveladoras como la renta básica universal, se toman en serio. ¿Se invertirán otra vez las prioridades cuando pase la pandemia volviendo a las andadas? ¿O se mantendrán las nuevas?



¿Lo anterior quiere decir que, por primera vez, se antepone la salud a la economía? Creo que salud y economía no deberían de ser conjuntos disjuntos. No obstante, el problema es que el enfoque económico ordinario impone un reduccionismo monetario que genera ese y otros divorcios, ya que, como hemos visto, el enfoque económico ordinario trata de hacernos creer, con la metáfora de la producción y el famoso PIB, en la generación siempre conjunta de lucro y utilidad, soslayado que, tanto el lucro incluido en ese ese cajón de sastre del PIB como el que queda fuera, a menudo, no solo resulta de

actividades que no lleven aparejada utilidad alguna, sino que muchas veces originan daño. Por ejemplo, los recortes en los presupuestos de la sanidad pública y los afanes de privatizarla están pasando ahora factura con la pandemia, que cuestiona estas políticas orientadas a dañar el sistema sanitario en aras de la economía y usa este campo como nicho de nuevos negocios. Todo esto revive el divorcio antes mencionado entre economía y crematística que cerró en falso con el PIB el enfoque económico ordinario.

En lo que concierne al tema de la salud, recuerdo que las críticas de Illich de los años 70 ponían en su punto de mira al sistema sanitario, tanto público como privado, al advertir que los ingresos de los profesionales que trabajaban en él y los beneficios de la empresas asociadas al mismo se inflaban con la multiplicación de enfermedades y pandemias que, en parte, el mismo sistema generaba (dado el enfoque parcelario de la medicina occidental), con lo que enfermedades y valores añadidos crecían a la vez. Al igual que la agricultura química, que crea adicción al romper los equilibrios ecológicos originarios y hacer cada vez más dependientes a los agricultores de los tratamientos y medios químicos. De hecho, se ha visto cómo las macrogranjas industriales de porcino existentes en China fueron el caldo de cultivo idóneo donde prosperaron el actual virus coronado y otros parecidos.

Vemos, pues, que la actual pandemia no es un accidente natural, como el rayo o el pedrisco, ajeno al comportamiento humano, sino un accidente natural propiciado o amplificado por el modelo de ganadería industrial que el sistema económico ha venido fomentando. Modelo que se sitúa ecológica y estéticamente en las antípodas de la ganadería de porcino ibérico tradicionalmente gestionada en la dehesa extremeña. Mas recordemos que España se ha especializado en ese tipo de ganadería industrial que otros países europeos no quieren debido a sus efectos contaminantes, y es el primer país europeo exportador de carne de porcino, actividad que le ha llevado a convertirlo en la pocilga de Europa, como reza un artículo reciente de Manuel Delgado (Delgado, M., 2019), al llenar la "España vacía" —y la llena— de este tipo de instalaciones. (Sobre la situación y perspectiva de la actividad agraria y el medio rural, véase el breve texto al final de esta entrevista titulado "Encrucijada actual del sector agrario. Problemas y perspectivas").

De ahí que haya personas que promueven la "economía del bien común" y muestran implícitamente que la economía ordinaria deja de lado el bien común o que se hable de humanizar la

economía, presuponiendo que hay ciencias humanas que se han vuelto inhumanas. Bueno, creo que la pandemia actual invita a revisar paradigmas de fondo que se venían aceptando sin pensar, entre los que se encuentran las nociones de economía y salud, mediatizadas por las nociones usuales de sistema económico y de sistema sanitario, que son en realidad las que habría que revisar. Entre ellas, además, hay que revisar la tendencia a confundir salud (que depende de muchas cosas) con sistema sanitario. Por ejemplo, se habla de derecho a la salud cuando lo más que cabe asegurar es el derecho a la asistencia sanitaria.

Para mí, otro tema básico que hay que tratar es que las crisis y penurias que arrastra toda esta situación de la pandemia deberían ser un revulsivo para exigir saneamiento político frente al mar de corrupción imperante en nuestro país, que alcanza desde presidentes de la patronal y autonómicos hasta la familia real. ¿Cómo un país, cuyo monarca regala sobre la marcha cerca de cien millones de euros a una de sus amantes, un país que despilfarra el dinero a mansalva en megaproyectos absurdos con innumerables mordidas (en parte asociadas a la privatización del sistema sanitario) o cuyos grandes evasores pueblan los paraísos fiscales, puede tener moral para solicitar ayudas a la UE porque se siente pobre para sobrellevar la situación? Lo primero sería poner orden en casa para paliar esta vergüenza ¿Se va a seguir soslayando este panorama singularmente corrupto?

Finalmente, creo que España lo tiene más crudo que otros países europeos por el hecho de depender mucho del turismo para equilibrar su balanza de pagos, al tener una balanza comercial muy deficitaria y al arrastrar desde el pinchazo de la burbuja inmobiliaria un elevado endeudamiento (público y privado) y un abultado déficit presupuestario. Así que la lamentable perspectiva es acentuar ese endeudamiento, en la medida en que sea posible, lo que impulsará a seguir vendiendo patrimonio (empresas, terrenos, inmuebles…) a las entidades que dispongan de liquidez o sean capaces crearla. Esto, a su vez, acentuará la polarización social entre las entidades beneficiarias de la liquidez creada, compradoras y gestoras de ese trasiego patrimonial y el resto de los desafortunados mortales que sobrevivan, sometidos a la creciente penuria de ingresos. Todo esto, si no hay milagros o explosiones de movilización social y solidaridad que induzcan a corregir la situación u orienten las tendencias en otro sentido… Y para los países "emergentes", ¿no sería el momento de promover acuerdos para cambiar el sistema monetario internacional en el que el dólar y el eje Wall Street & City de Londres siguen sacando tajada? Recuerdo que el

artículo de Varoufakis al que hice referencia relata "cómo la pandemia ha acelerado la transición al poscapitalismo" al subrayar cómo se ha acentuado el desacoplamiento entre el enfoque económico ordinario que oficia en torno al PIB y el mundo financiero. Pero el autor advierte que no cree "que haya ninguna garantía de que lo que siga al capitalismo –llamémoslo, a falta de un término mejor, poscapitalismo– sea mejor".

En suma, que los tiempos de crisis animan a reflexionar sobre las perspectivas y alternativas de futuro que ofrecen nuestras sociedades, pero, como ya hemos esbozado, en el caso que nos ocupa se observa un grave *impasse* para comprender, potenciar y orientar las transformaciones sociales hacia horizontes ecológicos y sociales más saludables. Este *impasse* se encuentra motivado por varios factores de desorientación y desánimo: por una parte, se ha venido desinflando la creencia en que "las ruedas de la historia" acabarán llevando a la humanidad por una senda de progreso, asociada a la mitología del crecimiento económico que hoy se tambalea y que ha venido siendo asumida por defensores y críticos del capitalismo; lo cual presenta nuevas oportunidades, ya que tomar conciencia de la regresión es el primer paso para ponerle coto. Por otra, las lamentables experiencias ofrecidas por la clase política hacen que decaiga la fe en la capacidad de las personas, no solo para diseñar racionalmente alternativas deseables y creíbles, sino para conseguir que puedan realizarse con éxito. Finalmente, el *impasse* resulta del hecho escasamente reconocido de que no cabe enderezar el panorama actual con el apoyo de las mismas ideas e instituciones arcaicas de sociedad y de personalidad humana que lo habían propiciado y que siguen en pie por inercia. Y entre estas ideas ocupan un lugar central las ideas usuales de "sistema político" y de "sistema económico", apoyadas a su vez en visiones *sui generis* de la sociedad y de la personalidad humana (Naredo, J.M., 2015 (*La economía en evolución*), 2015 (*Economía, poder y política*), 2017, 2019 y 2020). Nociones, e instituciones, que se han petrificado en un modelo del que sus defensores pontifican que no podremos escapar jamás. Y es que, si el pasado y el presente se perciben desde el mismo prisma de las ideas dominantes, el futuro se verá también como una foto fija del presente. Acontecimientos como la actual pandemia y crisis evidencian que habrá un antes y un después diferentes y que otro mundo no solo es posible, sino que será impepinable. La cuestión estriba en saber si ese mundo será ecológica y socialmente mejor o peor que el actual.

JS: *Aprovechando esta situación tan singular a la que nos está conduciendo la pandemia, has afirmado que "no hace falta hacer una revolución para cambiar un modelo tan cutre como el nuestro". Entonces, ¿qué es lo que a tu juicio habría que hacer?*

JMN: Bueno, en primer lugar, he de precisar que esa frase mía que citas (y que figuró comosubtítulo en la entrevista que me hicieron en la revista digital ctxt.es) está un poco sacada de contexto, ya que se refería originariamente al panorama inmobiliario. Refiriéndome al modelo inmobiliario español (descrito en Naredo, J.M. y Montiel, A., 2011), efectivamente he dicho que "no hacía faltahacer una revolución para cambiar un modelo tan cutre como el nuestro", pues bastaba con mirar por encima de los Pirineos para ver otros panoramas bien diferentes en países de "capitalismo maduro" en los que existen modelos inmobiliarios y financieros más diversificados y socialmente regulados, con un gran peso de la vivienda en alquiler y la vivienda social. Por ejemplo, Suiza y Alemania, los dos países como mayor porcentaje de vivienda en alquiler, no vivieron ni la burbuja ni la crisis inmobiliaria que sacudió a nuestro país. Y dentro de este, es evidente que el País Valenciano sufrió con mucha mayor intensidad la crisis inmobiliaria que el País Vasco, que contaba con más vivienda social y en alquiler y con una economía más diversificada. En nuestro país la urbanización no ha venido siendo fruto del planeamiento, sino que se ha movido a golpe de "operaciones inmobiliarias" orientadas a obtener plusvalías. La importancia que cobró ese "maná" que caía del cielo en forma de plusvalías sobre los propietarios de terrenos, por el mero hecho de hacerlos edificables, le hizo cobrar nombre propio en nuestro país, calificando popularmente de "pelotazo inmobiliario" esta forma de enriquecimiento jugoso y rápido que dependía de tener las informaciones y contactos adecuados para asegurar anticipadamente la reclasificación de determinados terrenos. Denominación que no encuentra una expresión similar en las lenguas de los países situados al norte de los Pirineos, lo que resalta la peculiaridad del modelo inmobiliario español.

El modelo inmobiliario español ha alcanzado gran protagonismo económico, por ser asilo de corrupción y dar alas al caciquismo clientelar, además de extender el virus de la especulación por todo el cuerpo social. Ejemplos tan emblemáticos como el de la Marbella de Gil y Gil, que desembocó en el Caso Malaya, juzgado y condenado por sentencia firme, permite calificar de **cutre** la naturaleza de este modelo y, al recordar su estética, le añadiría el calificativo de **hortera**. En la

medida en la que el *modus operandi* de este modelo de caciquismo clientelar impregna la economía española, reforzado por los numerosos megaproyectos y casos de administración desleal (Aguilera, F. y Naredo, J.M. (eds.), 2009 y Delgado, M. y Del Moral, L. (eds.), 2017) orientados a ordeñar el lucro en alguna de las fases del proceso económico facturando sobrecostes, obteniendo plusvalías, comisiones o mordidas diversas y evadiendo impuestos, cabría extender estas calificaciones de **cutre** y **hortera** al modelo político-económico español. La amplia casuística de comportamientos tan poco ejemplares de personajes que, como hemos indicado, abarcan desde la familia real, hasta expresidentes autonómicos y de la patronal, admitirían bien estos calificativos.

¿Es España un país muy corrupto? Creo que sí lo es, y en mi libro *Taxonomía del lucro* dedico a confirmarlo el capítulo titulado "España teatro de prácticas corruptas" y otros referidos a figuras de corrupción específicas. En la amplia casuística abarcada se ve que la corrupción es un fenómeno sistémico que tiene gran importancia económica directa e indirecta. Otra cosa es que hay que reconocer que estas prácticas se extienden también —tal vez de forma menos descarada o más discreta, al contar con mejores controles y una ciudanía más crítica— en otros países europeos de capitalismo maduro. Para aclarar este tema remitiría a dos libros muy ilustrativos sobre la corrupción y las redes de poder en el Reino Unido: el de David Whyte, *How corrupt is Britain?* (Whyte, D., 2015) y el de Owen Jones, *El Establishment* (Jones, O., 2015).

Y a la pregunta: ¿qué es lo que a mi juicio habría que hacer?, respondo que lo primero que habría que hacer es promover un saneamiento político y

económico del país. Creo que el hecho de que en estos tiempos de crisis y penurias desatadas por la pandemia, asociaciones y grupos de juristas estén impulsando una Ley Integral de Prevención y Lucha contra la Corrupción (que cumpla con la obligación pendiente de transponer la Directiva de Protección del Denunciante aprobada el año pasado en la UE) señala una oportunidad de oro para proponer un gran pacto de Estado por el saneamiento político y económico del país, que deben suscribir todas las fuerzas políticas y organizaciones sociales que no tengan intereses mezquinos o inconfesables vinculados a la corrupción, con independencia de sus orientaciones culturales, políticas o religiosas. Un pacto que permita romper con la larga y penosa tradición de caciquismo clientelar y picaresca que viene sufriendo nuestro país y que propicie, por fin, la virtud política, que, según Aristóteles, se apoya en los sentimientos de justicia y de vergüenza de no actuar bien en beneficio de la comunidad. Y creo que este pacto de Estado debería ir de la mano de otro orientado a cambiar el modelo inmobiliario español que había incentivado y cobijado notablemente el panorama corrupto que se trata de sanear. Esta sería la prioridad. Sin embargo, al ni siquiera llegar a plantearse, dudo que se puedan abordar constructivamente los problemas que había cerrado en falso la Constitución y diseñar con éxito un sinnúmero de políticas económica, ecológica y socialmente saludables pendientes que no cabe enumerar aquí.

◆◆◆

REFERENCIAS

Costa, J.,1901, *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Edición de 2003 en pdf, para fines no comerciales: http://www.juntadeandalucia.es/educacion/vscripts/wginer/w/rec/3215.pdf.

Delgado, M., 2019, "¿La pocilga de Europa?", Portal de Andalucía, 01-02-2020: https://portaldeandalucia.org/opinion/la-pocilga-de-europa/.

_____ y del Moral, L., 2017, *Los megaproyectos en Andalucía. Relaciones de poder y apropiación de riqueza*, Sevilla, Aconcagua Libros.

Fromm, E., 1975, *Anatomía de la destructividad humana*, Madrid, Siglo XXI (Edición original : 1973).

Gaviria, M., Naredo, J.M., Serna J. et alt., 1978, *Extremadura Saqueada*, Ruedo Ibérico & Ibérica de Eds. Y Publicaciones, Barcelona (accesible en: http://www.elrincondenaredo.org/Biblio-1978-Extremadura_saqueada.pdf).

Jones, O., 2015, *El Establishment*, Barcelona, Seix Barral.

Mumford, L., 1967, *The myth of the machine: techniques in human development*, Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich (Hay traducciones al castellano: Buenos Aires, EUDEBA, 1969 y Logroño, Pepitas de Calabaza, 2013).

Naredo, J.M.: Todas las referencias que figuran en el texto pueden encontrarse en la sección de *Bibliografía* de su página Web: elrincondenaredo.org.

Oyón, J.L., 2017, *La ciudad en el joven Reclus 1830-1871*, Barcelona, Viaducto.

Picavea, R.M., 1899, *El problema nacional*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.

Preston, P., 2019, *Un pueblo traicionado. España de 1874 a nuestros días. Corrupción, incompetencia política y división social*, Barcelona, Debate.

Sahlins, M., 2011, *La ilusión occidental de la naturaleza humana*, México, FCE.

Stedman Jones, D., 2012, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics*, Princeton, Princeton University Press.

Valero, A. y Valero, A., 2014, *Thanatia. The Destiny of the Earths'Mineral Resources*, Londres, World Scientific.

Varoufakis, Y., 2020, "Cómo la pandemia ha acelerado la transición al poscapitalismo", *Sin Permiso*.

Whyte, D., 2015, *How corrupt is Britain?*, Londres, Plutobooks.com.

Encrucijada actual del sector agrario. Problemas y perspectivas

José Manuel Naredo

Empezaré comentando que los logros de enriquecimiento y mejora que prometía a los agricultores la "modernización agraria" han sido bastante precarios. Pues, aunque la producción final agraria haya crecido exponencialmente, desde mediados de los 70 los precios percibidos por los agricultores han venido creciendo menos que los precios pagados, y mucho menos que el coste de la vida. A esto se suma el hecho de que la industria agroalimentaria y las redes de distribución se llevan parte del león del lucro asociado al consumo final de los productos. Con lo cual la renta agraria per cápita ha permanecido desde entonces estancada o en regresión a pesar del peso creciente de las subvenciones, y la actividad agraria aparece como una de las que perciben menos valor añadido por hora de trabajo y, sobre todo, es la que menos salario/hora cobra (Naredo, J.M.., 2019, p. 255). Con este panorama prosigue la pérdida y el envejecimiento de la población rural, generando el problema de la llamada "España vacía".

Y lo grave es que, para conseguir tan magros resultados monetarios, el sufrido sector agrario ha forzado su perfil extractivo dedicándose a actividades ecológicamente degradantes e impropias de la naturaleza de nuestro territorio. En primer lugar, la disminución del número de explotaciones agrarias y del aumento de su tamaño ha ido de la mano del monocultivo, la simplificación y la perdida de diversidad biológica y paisajística del medio rural y de la fertilidad de los suelos. Pero, además, el afán de aumentar los rendimientos regando cultivos tradicionales de secano, como el olivar o el almendro, u otros impropios de zonas áridas, como el maíz o la alfalfa, o especializándose en cultivos intensivos de huerta, sobrexplotando cauces y acuíferos, no pinta nada bien, pues la superficie irrigada ha pasado desde el millón de hectáreas de regadíos históricos, hoy en regresión, hasta alcanzar los tres millones largos de hectáreas. Parece un claro despropósito especializar en cultivos que requieren mucha agua a un país con el clima árido o predominantemente

mediterráneo en el que el agua es escasa. Ello se debe, en parte, a que las subvenciones y precios de la PAC ignoran el agua, dado que han sido diseñados desde países de clima húmedo. Entre los despropósitos que marcan la encrucijada agraria actual cabe añadir otros, como la proliferación de una ganadería industrial, con graves problemas de contaminación y de dependencia de inputs externos, que posicionó a España como "la pocilga de Europa" (Delgado, M., 2019) al ser la principal exportadora de porcino… O como la especialización en monocultivos forestales madereros, en buena medida impropios de nuestro clima.

Esta encrucijada pide a gritos una **reconversión** ecológica de la actividad agraria y una **revitalización** del medio rural con cambios mentales e institucionales orientados a:

1) Reconciliar agronomía y naturaleza y preocuparse de gestionar el conjunto del territorio con sus ecosistemas, paisajes y recursos y de revitalizar el medio rural de modo que primen las actividades social y ecológicamente saludables (**reorientando** para ello las ayudas, subvenciones y desgravaciones).
2) Reconciliar ciudad y campo, facilitando la reutilización del agua y los residuos orgánicos y replanteando la logística para conectar más directamente medio rural y urbano, potenciar la proximidad y la confianza en la calidad de los productos y asegurar unos ingresos razonables y **sin grandes fugas de lucro** hacia las actividades *paraagrícolas* y las redes intermediarias.

◆◆◆